

a mis soledades

RECORDAMOS aún la sorpresa que produjeron los naturalistas y biólogos, al publicar ciertas obras de divulgación sobre el comportamiento social de los animales. Fue muy curioso para el lector corriente advertir que las hormigas o las abejas tenían establecidos unos cuadros jerárquicos y unas formas de vida social iguales o aun superiores a las de los hombres. Hasta entonces, el hombre se había creído poseedor de una primacía entre todas las fuerzas vivas de la Naturaleza precisamente por su facultad de organizarse. Era el "rey de la creación", porque sabía montar unas estructuras y concebir unos Estados en los que unos mandaban y los otros obedecían, lejos de la anarquía natural que competía a las demás especies de la Naturaleza. Pero en cuanto se supo que esta forma social de convivir no era privilegio ni prerrogativa del hombre, hubo una decepción. Si las abejas tienen formas sociales organizadas superiores a las nuestras, si son capaces incluso de practicar formas, llamémosle políticas, de convivencia que pudieran ser envidiadas por los seres oficialmente pensantes, se derrumba toda nuestra teoría de superioridades y dejamos automáticamente de ser los reyes de la creación. Tal era el callejón sin salida en que nos sumía la lectura de aquellas primeras obras reveladoras.

Pero, poco a poco, fuimos concluyendo que quizá la superioridad del hombre no provenga de su facultad de organizarse colectivamente, sino de conservar su propia soledad. No es el hombre superior a las otras especies por su capacidad social, sino precisamente por lo contrario: por las facultades de su soledad y de su aislamiento. Nos distinguimos de una abeja o de un simio precisamente porque, a diferencia de ellos, sabemos estar solos. La suficiencia del hombre en soledad le enaltece y separa de cualquiera otro ser viviente.

Pienso en ello sentado ante un velador, en la terraza de un campo de golf, mientras sobre el césped y en las ondulaciones del terreno pululan, como obsesos, los jugadores. Si no supiéramos que aquel panorama corresponde a una dedicación deportiva y que aquellos caballeros están practicando un ejercicio físico, el espectáculo nos resultaría incongruente. Caminan por el campo y sobre los rastros, se pierden en la arboleda y, de vez en cuando, se paran y arremeten con un palo contra una pequeña pelota. Este último ademán es un incidente. En puridad, lo que hacen es caminar, ofuscados por el goce recóndito que les produce el hecho de estar solos. En realidad, el deporte que practican es el de la soledad, vicio encubierto que necesitan disfrazar con una dedicación subalterna al deporte. Esos caballeros gozan por el hecho simple y elemental de no tener compañía; disfrutan su individualidad entre la brisa de la tarde y el empuje de árboles y pájaros en lustrar su contienda. Este fue un colosal invento, una estratagema que urdieron los ingleses cuando se les empezó a indigestar la fiesta social, la obligación que tenían de convivir y alternar con los demás de un modo peligroso para su propia e íntima seguridad individual. La caza, la pesca, son otros tantos deportes cuya finalidad es preservar cada una de las propias apetencias de individualidad y de soledad. Hay quien no requiere siquiera de estos subterfugios. Hay hombres a quienes les basta pa-

sear con un diario en la mano y desdoblarlo, en fingimiento de lectura, cuando alguien se aproxima. La soledad es difícil, en un mundo que instala una gama infinita de formas y de soluciones sociales, con demérito y como amenaza a la esencia más pura del hombre, que es él mismo.

Es muy posible que sin la sociología y sin la muchedumbre no hubieran existido las Pirámides de Egipto o el puente de Waterloo, pero sin la soledad no hubieran existido la "Divina Comedia" o la "Crítica de la razón pura". Cuando Emmanuel Kant salía a pasear todas las tardes por las afueras de su ciudad, era tanto él solo como todo el universo que le rodeaba. Ir y volver de las soledades ha sido el supremo viaje creador de los grandes hombres. Mas este viaje se hace y se hará cada vez más difícil; y es muy posible que dentro de unos años ya no exista la más mínima posibilidad de que un filósofo o un poeta colmen la gracia del mundo con una voz humana.

El propio campo de golf, ante el que estoy pasmado, no es aquel rincón del mundo donde preservarse y guarecerse. A su costado está un campo de aviación, y a intervalos cruzan los aires, sobre el pinar, las sacudidas acústicas de los "jets". Los jugadores levantan la cabeza, sobresaltados; los pájaros huyen espantados, en loco vuelo, de una fronda a otra. En las orillas se embravece el mar, agitado por esas convulsiones. La soledad apetecida se troca en tumulto; y esa extraña sociabilidad incongruente que suscita el paso de un avión, con su prisa y su inflexión cosmopolita y multitudinaria, irrumpen en la intimidad de cada uno. Se ha quebrado la posibilidad de estar solo, aunque sea con el fugaz pretexto de una pelota. No queda espacio para la soledad.

Aquella Soledad que era, en nuestra tierra, nombre de mujer —tanto un patronímico como una definición—, queda arrumbada por la compañía. La compañía es un nombre mercantil y financiero, un emblema y una sigla de nuestro tiempo. No hay gente menos solitaria e introvertida que los mercaderes, que arrasan la soledad original con el verbo de los mercados y el gracejo crematístico. Emmanuel Kant o Nietzsche y los demás indómitos solitarios no tienen ya lugar adonde ir.

Los profesores de sociología, los directores de empresa y los maestros en este arte nuevo que se llama "public relations" han inventado una cátedra que ya se ejerce en algunas Universidades y que consiste en fastidiar al contrario a base de publicidad y de supuesta simpatía. Mas, ¿dónde quedará el soliloquio y la íntima elaboración de algunas ideas trascendentes e inactuales? Las "ideas" han degenerado en simples "slogans" publicitarios, son meras "cuñas" para que ingiramos una bebida que no nos gusta o nos inclinemos hacia un dentífrico que está en las perfumerías.

No hay camino vecinal para que Kant lucubre en soledad un andamiaje de filosofías, con un sentido trascendente, y que generalice unas cuantas ideas básicas. No hay forma de estar solos. A la gente le causó, en general, una gran impresión el hecho de que el cosmonauta White consiguiera pasar cuatro días sin ver a nadie más que a su compañero de viaje. Pero a nosotros nos pareció que, aparte de la satisfacción de la gesta que acababa de lograr, había en su rostro, a su descenso, una íntima y misteriosa satisfacción. Tal vez allá arriba, hacia las estrellas, se abra nuevamente el único camino solitario donde zafarse de tanta sociología, de tanta publicidad y de tanta obligación de sonreír a los demás cuando no tenemos ganas.